

## La primera generación de novelistas comprometidos

POR JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

Trabajo publicado en la revista "Cuadernos Hispanoamericanos Junio 1967"

Lo que se pretende en esta página y en las que la continúan no es menos que prepararse a celebrar —aunque sea sigilosamente, íntima-mente, agradecidamente— un centenario: el del nacimiento de una calidad del género novela con notables sumas de influjo sobre la novecentista. Por 1870 comienzan a aparecer libros de esta índole en España y las dos naciones a ella limítrofes que renuevan de modo decisivo el concepto anterior. Serán más vastas las ambiciones noveladoras, más intencionados los propósitos, más deliberadamente estéticas las formas usadas. La política va a ingresar de modo poderoso y decisivo en los planteamientos, y el novelista comenzará a ser—empleando una terminología muy de nuestras horas— un personaje comprometido. Y, al hablar de política, no me refiero tan sólo a lo que por ese nombre debe ser definido, sino a muy difíciles cuestiones que en principio no deberían ni tan siquiera haberla tocado, pero que, más que tangenciales, resultaron ser secantes, o, mejor aún, envolventes: las difíciles cuestiones religiosas. Con ellas, otras de carácter social, militar, clasista, sin cuyo enfoque hubiera sido poco hacedero afrontar desde el terreno de una novela los mecanismos humanos que se procurara retratar.

Pueden parecer osadas e ignoras estas reflexiones a quien recuerde que Stendhal y Balzac, muertos respectivamente en 1842 y 1850, continuaban siendo leídos y estimados en esa importante fecha de 1870 con que se ha iniciado la consideración. En ningún caso son olvidados, ciertamente. Pero si su técnica novelística era impecable, y hermosa en el primero, gigantesca en el segundo, era necesaria una aprehensión más concordante con las nuevas preocupaciones del siglo. Tampoco las servía ya la prosa grande y alta de Víctor Hugo, muerto en 1885, y que no dejó de influir hondamente en los escritores que ahora importa recordar; influir, mas de ninguna manera dictar, ya que eran muy otras las situaciones y bien patentes los deseos de renovación. Unas y otros serían el patrimonio inicial de hombres nacidos en los primeros años de la década cuarenta del siglo XIX, algunos actuantes hasta los días de nuestra niñez.

Aun sin jactarme de haber buceado —ni mucho menos apurado- la bibliografía menuda de hace veintitantos años, cuando se cumplían los centenarios de tres grandes hombres de letras, apostarí cualquier cosa a que no fueron relacionados entre sí, ni cuidó nadie de procurar investigar qué cosa pudieran tener ellos de común en su formación, en su ideología, en su oficio literario y en la dimensión de sus famas respectivas. Y este último punto resulta ser el más apasionante, por más injusto y peor administrado. Pues es el caso que las medidas de la gloria suelen ir hermanadas con las posibilidades de los países a que pertenezcan cada uno de tales hombres. Si ese país es rico, famoso, prestigioso y pródigo en atractivos, la gloria será grande. Si mediano en los mismos dones, mediana será la fama. Si chico y desprovisto de potencia militar, tan sólo tendrá opción, a muy pequeña cantidad de renombre. Así es de pasmosa la injusticia universal, y no de otro modo que por la más mostrenca de las perezas intelectuales vease perpetuando.

Casi era obligado este exordio cifrado en clave para proclamar la injusticia de una ley, y ahora que lo doy por concluso, paso a dar los nombres de los escritores aludidos y de sus países. Son Anatole France, casi huelga decir que francés, cual revela su emblemático apellido, casi más bien seudónimo; Benito Pérez Galdós, español, y José María Ega de Queiroz, portugués. Preguntad a cualquier lector ajeno a los tres países dichos por estos nombres, y por cierto que reconocerán

el de France; bastantes menos, el de Galdós; muy pocos, □ ninguno, el de Erra. Pero el error de información no es achacable por completo a ignorancia del preguntado. De los tres, únicamente Anatole France fue marcado por la recompensa, característicamente. Internacional, del Premio Nobel. Luego veremos con cuáles justicia y razón.

Puede parecer trasnochado el intento de volver ahora sobre estos tres ilustres nombres, ahora, cuando en tal modo se ha renovado el arte de novelar, haciendo desconsideradamente fácil el género más ilustre de la ficción literaria. Sea como fuere, me declaro reo del delito de gustar de la novela decimonónica, o, por mejor decir, de la de la segunda mitad del siglo xix. Incluso estimando máximamente a los novecentistas que lo merecen, continuó creyendo que no se han superado novelas de la traza ejemplar de *La Regenta*, de Clarín, o de *Crimen y castigo*, de Dostoyewsky. Sin embargo, no voy a tratar de uno ni de otro, demasiado moderno el primero y antiguo el segundo con respecto a la generación que me importa: la generación nacida por los primeros años cuarenta del siglo pasado y que, lógicamente, consideradas su formación burguesa y liberal, su infancia nutrida bajo el signo de la revolución de 1848, su juventud conformada en los años críticos de 1868 a 1870, luego mal dispuesta para con la hipócrita y larga reacción subsiguiente, disfrazada de democracia, debía expresarse con mentalidad semejante. Obviamente, había que buscar a los representantes de esta generación en Francia, España y Portugal, tres naciones que por aquellas calendas presentaron muy curiosos rasgos de afinidad política y social. Fueron también las más ricas en letra de no-vela. Por ello se prescinde de Inglaterra y Alemania, que nada añadirían al cauce tripartito propuesto. Se prescinde igualmente de Rusia, ya que entre la generación de Dostoyewsky (1821) o de Tolstoy (1828) y la de Chejov (1860), queda un largo paréntesis de segundas figuras, y de Italia, cuyos nombres —Giovanni Verga, Antonio Fogazzaro, Ed-mondo de Amicis—distan mucho de la magnitud de los tres grandes latinos.

Estos tres grandes latinos, todos procedentes de diversos estamentos pequeño-burgueses, coinciden en su postura honesta y protesta-tarja contra los descensos de sus respectivos pueblos, carcomidos por la reacción, por el falseamiento de la democracia, por el poderío cada día más abusivo del clero. La isla de los-Pingüinos, de France, es una sátira nada encubierta contra la triste política oligárquica de la tercera república francesa. *Electro*, de Galdós (i), todo un alegato contra la intromisión clerical en la vida pública española. Casi toda la obra de Erra, y, muy concretamente, *El crimen del Padre Amaro* y *La reliquia*, incide en el mismo sentido, y con mayor valentía. Algo muy sustantivo e irrefrenable une a los tres grandes escritores, enfrentados con el deplorable espectáculo de las ilusiones revolucionarias vueltas del revés. Anatole France, nacido bajo la monarquía de julio, ha visto la segunda república, el segundo imperio, la Calli 7721.1 ne y la tercera república, levantándose asqueado contra el asunto Dreyfus. Pérez .Galdós, que conocerá el reinado de Isabel II —ya la propia reina, muchos años más tarde—, el de Amadeo, la prime-ra república, y los regímenes de Alfonso XII y Alfonso XIII, aun siendo el más conformista de los tres, no escatimará flechazos hacia todo ese torpe y falso liberalismo. Evidentemente, Portugal —y, por consiguiente, Erra— era mucho más infortunado. El gran novelista había nacido en tiempos de Doña María II, y debería soportar los tres reinados de los hijos de ésta, los de Pedro V, Luis I y Carlos I. El cínico dicho de uno de ellos —Isto (Portugal) é unza triolheira—se compenetraba bien con el desventurado incidente de 1857 en que el gobierno tuvo que inclinar la cabeza ante Francia y con el ultimátum británico de 1890. Es explicable la postura pesimista de *Os vencidos da vida* y hasta la vaga propensión intelectual de ser anexionados a España, seducidos por nuestra revolución de 1868. Los portugueses creían

más en ella que los propios españoles. Demasiado crédulos. Pero también lo fuimos nosotros. Don Miguel de Unamuno el primero, ante las posibilidades que pudiera traer la cacería regia de don Carlos de Braganza. No la alcanzó Ega.

De momento., tres escritores de tres países se nos ofrecen con similar honradez ante las desgracias de sus respectivos pueblos. Y son casi estrictamente contemporáneos. Pérez Galdós ha nacido en 1843; France, en 1844; Erra, en 1845. Tratemos de radiografiarles separadamente, antes de proceder a sentencia que los englobe.

Parece cosa ociosa y pleonástica traer a plaza la biografía de Benito Pérez Galdós. Nacido en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843, hijo de Sebastián Pérez, teniente del ejército, y de María Galdós, estudia su bachillerato en el colegio de San Agustín, pasa a Madrid en 1862 y allí cursará leyes hasta 1868. No tendrá empleo, bicoca, sueldo ni cosa que se le parezca, porque todo su tiempo lo necesitará para escribir. Será diputado varias veces: la primera, por Puerto Rico, en calidad de cunero, pero sus dotes parlamentarias quedan inéditas. Honores, uno, el de miembro de la Academia de la Lengua, en la que ingresa el 7 de febrero de 1897. Otro, escamoteado por el cerrilismo derechista, que prefería a Menéndez Pelayo, hubiera sido, en 1905, un Premio Nobel, que se frustró y fue a parar a otras tierras. Murió en Madrid el 4 de enero de 1920.

Lo primero que separa a Galdós de France y de Ega es su torrencial fecundidad, la que, indiscutiblemente, perjudica a la calidad de su obra, tanto más si consideramos la rapidez inverosímil con que la creó. Debe su mayor proporción de fama a los Episodios Nacionales, serie de cuarenta y seis falsas novelas que presentan con harta amenidad casi toda la historia española del siglo xix. Género por él inventado —pues importa poquísimo el precedente de Erckmann-Chatrian—se resiente de su novedad y de su falta de tradición, y si revela en su autor una pasmosa facilidad narrativa e inventiva, nunca olvidando el espinazo histórico, deja sin convencer al lector. Sin convencer de que cada protagonista haya asistido a innumerables lances, de que de todo salga indemne, de que evite ser incluido en «la rica historia de fusilamientos españoles del siglo xix» —palabras del autor—, de que se establezca de modo tan demasíadamente fácil la relación entre los personajes fingidos y los auténticos. Todos estos inconvenientes eran suplidos por Galdós con la naturalidad a que proveían su perfecto conocimiento de la historia y de la geografía españolas, pero más aún de gentes y situaciones, y, sobre todo, de esa clase media española que resulta ser, colectiva y multitudinariamente, el efectivo protagonista. La agria calificación de «Don Benito el Garbancero», debida a Valle-Inclán, alude a ésta su afición a la clase mesocrática, sin importarle demasiado de la más humilde, e ignorada casi por completo la campesina. No ignoró a la, pudiente, y de aquí algo de la justicia del vejamen consignado. El pueblo, lo que se llama exactamente el pueblo, no acaba de aparecer con exactitud. Muy siglo xix. Precisamente, habría de ser el detractor de Galdós, Valle-Inclán, quien hiciera hablar al verdadero pueblo español.

Estos son achaques de su tiempo, del tiempo galdosiano remetido en el pardo y pretencioso lugarón que era Madrid, el lugarón donde se fraguó casi toda la historia del siglo. Muchas veces ha sido puesta de manifiesto la vocación madrileñista de este alto isleño, de este canario infiel a su archipiélago, por el que no volvió a aportar ni convirtió jamás en escenario de sus ficciones. Madrid, con su probado poder aglutinante, le había captado definitivamente. En Madrid se

moverían los personajes de las grandes novelas galdosianas, en las que Galdós deja de ser narrador para dejar paso al efectivo novelista.

Son ellas *Fortunata y Jacinta* y *Miau*, respectivamente publicadas en 1887 y 1888. Retengamos estas fechas para un cotejo posterior de las edades a las que se producen las obras maestras. Pues por tales las tenemos, y con sólo ellas quedaría más que justificada la fama de don Benito. El hombre que pasa frecuentemente en la larguísima serie de *Los Episodios de lo épico a lo vulgar*, a rastras de la tarea un tanto monótona a que se obligó, triunfa absolutamente en estas dos novelas, una de argumento muy diluido, pero muy diestramente llevado; otra casi carente de él, pero quizá aún de mayor magistralidad. Ello no es sorprendente en la plenitud cronológica —cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco años— de Galdós. Ha pasado mucho tiempo desde la publicación de su endeble preepisodio *LA Fontana de Oro* (1870), y faltan algunos para que sorprenda con el increíble descenso de *Ángel Guerra* (1892). Entre ambos errores, las novelas encomiadas, totalmente características del medio humano más caro al novelista, son de gratísima lectura, precisamente porque ocurren pocas cosas, a diferencia de las demasiadas de la episódica nacional. En ellas, entiendo, reside la mejor calidad de narrador, de escritor y de novelista de Benito Pérez Galdós.

Escribió mucho, escribió demasiado, escribió sin tasa, abundancia prototípica —cual en el caso de Baroja— de quién tan sólo es escritor, sin simultanear esta dedicación con otros trabajos. Y bueno es disponer de mucho tiempo para escribir, pero malo será tenerlo a manos llenas sin que medien otras ocupaciones. Si el escritor ha de ganarse la vida escribiendo, su labor corre el riesgo de burocratizarse. Y algo de excesivo profesionalismo hay en la vasta obra de Galdós. De aquí que se dé escaso lirismo en su prosa, que todo tienda a hacerse muy cotidiano y casero, que se converse demasiado y con demasiada fluidez, en claros contactos con la técnica teatral, otra de las dedicaciones del ilustre don Benito. Su falta de lirismo, de modo principal, ha sido causa parcial de algún desvío póstumo, pero bien podía compensarse con sus ilimitadas facultades narrativas.

Otra parte del desvío reconoce pretextos políticos. El liberalismo de Galdós culminó en su paso a las filas republicanas; no hay que decir que de un republicanismo templado por demás. No se le perdonó que el título de uno de sus últimos *Episodios*, el profético de *La primera república* (1911), invitara a considerar seriamente el advenimiento de una segunda, lo que, a los dos años de la *Semana Trágica de Barcelona*, no era nada aventurado suponer. Pero sus fervores no se propasaron mucho más, ni la múltiple posibilidad de propaganda ideológica inserta en dicha casi cincuentena de volúmenes se arriesga en ningún claro sentido, limitado el autor a censurar desmanes de unos y otros. En ocasiones, más se parece estar leyendo al tradicionalista José María de Pereda que al republicano Galdós. Abundan en su larga obra los curas y frailes, en general presentados con innegable simpatía, por campechanos, sencillotes y exentos de preocupaciones teológicas. Tal cual vez, es visible un anticlericalismo de ningún modo agresivo (*La familia de León Roch*), pero insufrible para los Nocedal y otros extremistas de derecha. El peligro de ser etiquetado induce entonces a Galdós a ofrecerles desquite, corno en el lacrimoso e inverosímil *Ángel Guerra*. Pérez Galdós se conocía muy bien la historia cerril e intransigente de España para caer en sus redes. Así, resulta ser el menos comprometido de los tres novelistas aquí reunidos.

Tan sólo contaba el niño Benito Pérez Galdós once meses y seis días cuando, el 16 de abril de 1844, nació en París otra criatura de excepción, la que sería conocida como Anatole France.

Realmente, el apellido debería haber sido Thibault, el de su padre François Noel, pero Anatole prefirió el apodo de éste, bien convencido de su eficacia. Era el padre librero y editor, con lo que el amor a los libros, a las literaturas y a las curiosidades se adueña pronto del muchacho. Dejará ver siempre Anatole su refinado espíritu de selección, su gran sentido estético, sus muchos contactos con la erudición. Abundan en su obra fingidos eruditos que no son sino otras tantas facetas de este proto-típico francés intelectual. Hizo bien en adoptar el seudónimo de Francia, como hubiera podido hacerlo, de no contar con apellido tan so-noro, el señor Voltaire.

Periodista, bibliófilo, enamorado cada día más del libro y de sus adyacencias, sólo en 1876 obtendrá un puesto subalterno en la biblioteca del Senado, no de la categoría a que aspiraba. Veinte años más tarde ingresará en la Academia —cuatro años más joven que Galdós en esta dignidad— y en 1921 obtiene el Premio Nobel de Literatura. Lo disfrutaría poco tiempo, ya que falleció en Saint Cyr, cerca de Tours, el 12 de octubre de 1924. No sólo era el más longevo del trío propuesto, sino también el más famoso, tenido en su país por gloria nacional y abundantemente traducido a muchos idiomas.

El más famoso, sí, puede ser que el mejor escritor, pero el menos novelista. Quizá no se propuso nunca ser eso, novelista. Su obra de este género es de la mayor pluralidad de texturas, y nada sencillo descubrir cuál hubiera debido ser la modalidad en que le habría convenido insistir. -Así como en Galdós hay, en suma, dos especies de novela, la episódica nacional y la de trama contemporánea, Anatole France no se presta a semejante dualidad. Pero también cabe repartir su obra entre escenarios fantásticos, dieciochescos y contemporáneos. Abundantes los primeros, son los que menos me agradan y los que dan peor testimonio de sus artes novelísticas, entendiéndolo que introduzco en lo fantástico ficciones como *Thais*, pretendidamente históricas. Si en ellas hay mucho más ingenio que trama, ingenio, trama y gracia lucen por partes iguales en la que juzgo ser la mejor novela de Anatole, *El figón de la Reina Patoja*, especie de nuevo *Cándido*, aún más des-enfadado y jubiloso. El contrapunto, más que continuación de este libro, *Las opiniones de Jerónimo Coignard*, excede del género novela.

Si estuviéramos de acuerdo en que *El figón* es la mejor pieza novelística de Anatole, su obra maestra, en otras palabras, convendrá recordar que procede de 1892, a cuatro y cinco años vista de los mejores logros de Galdós y también pergeñada, antes de la cincuentena del autor. Todavía quedaba en Anatole France una gran dosis de alegría que hemos de ver adelgazarse al correr de días graves para Francia. Anatole, que tenía bastante de Montaigne, no poco de Rabelais y muchísimo de Voltaire, no hubiera necesitado de mayores influjos ideológicos que los almacenados, desde la librería paterna hasta las bibliotecas del Senado y de la Academia, para ser digno sucesor de los mencionados en finísimo humor, en delicioso escepticismo, en suave y ática administración de burla. Digo que le hubiera bastado con ese medio siglo de lectura, de erudición, de buen escribir. No bastó. El escenario de vilezas, de mentiras, de calumnias que significó el proceso del capitán Dreyfus entenebreció no poco el ánimo de Anatole France. Al menos en el terreno de la novela, se hizo más acerado, más duro, más implacable. La serie de *M. Bergeret* es buena prueba de ello. Precisamente se trata de sus novelas con más apariencia de novela, pero las menos noveladas. Y desaparece la jovial insensatez de los personajes de la *Reina Patoja*.

La razón de ello está dicha. Debemos retrotraer nuestra mentalidad hasta aquellos días vergonzosos de la injusticia dreyfusista. Anatole France, poco sospechoso de monárquico, se rebela con toda su alma contra el espectáculo de la pobre tercera república secuestrada por sus enemigos. Sus dicerios son mil veces más violentos que los de Galdós contra nuestros gobernantes, y había causa para ello, porque si nuestros Cánovas y Sagastas eran figuras de

tercer orden político, nadie supondrá que sus coetáneos de París les aventajaban en muchos metros. Para que se produjera una situación tan ignominiosa como la campaña infamante contra Dreyfus —por otra parte, bien señalado por Anatole como judío que desea salir de su congregación para codearse con los estamentos privilegiados de Francia—, tanto daba que hubiera monarquía o república. Ese General Debonnaire (Devoto) que nos presenta Anatole France no es un general, sino todo un generalato, de ningún modo superior al que integraban Azcárraga o Martínez Campos.

Al radicalizarse Anatole France en política, no era preciso que lo hiciera en cuanto a religión. Si Galdós y Ega son anticlericales, si el primero pudo ser cristiano —y quizá católico—, el francés siente una particular animadversión contra Dios. Sus agresiones no se dirigen tanto hacia Jesús —aunque se cuida de llamar a Constantino «El Apóstata», como represalia contra el dicerio aplicado machaconamente a Juliano— cual a Dios, del que se burla en toda ocasión con múltiples censuras. Anatole France es ateo, y ateo militante, sin embargo de lo cual, y como francés, guarda considerable cariño para Juana de Arco. De ello se deriva una curiosa contradicción: Sus obras están prohibidas por el índice Romano, pero su efigie, con la de Bernard Shaw —otro simpatizante con Juana— figura en las vidrieras de determinado templo católico francés.

Por francés. Precisamente, por francés, por fiel seguidor de la más castiza constante literaria francesa, mucho más fiel a ella que un Zola o un Proust, hasta que un Balzac, nombre demasiado repetido a propósito de esta generación, muchísimo menos influida por él de lo que se ha pregonado. No lo necesitaban Galdós ni Ega, no lo necesitaba France. Mucho menos éste, pues era el menos novelista de los tres.

Porque Anatole France era mínimamente novelista. Fue, eso sí, un grande, pulcro e ingenioso escritor, un estilista de primera magnitud, un literato pródigo en perfecciones. Su independencia y su valentía, incomparables. Su cultura, la propia de un inmenso erudito que utilizase a sus clásicos para exclusiva e íntima diversión. Todo ello compone en el parisiense un panorama lúcido, casi festivo, siempre rebosante de intención, de charme y de una muy medida mezcla de buenos y malos rumores.

25 de noviembre de 1845. Ahora ya tiene el niño Galdós un par de años, seis meses y quince días; el más niño, Anatole Thibault, un año, siete meses y diecinueve días. Ninguno de los dos sabe que ha nacido en Povoá de Varzim, oscura localidad portuguesa, otra tercera criatura, «marcada con el signo». ¿Qué signo? No el que le atribuyen las viejas comadres lusitanas, sino el de total novelista, el mayor y mejor del trío. Tiene razones para serlo, porque, ya, su propio nacimiento es materia novelable. Desde la casa natal, en la plaza de la Almada, es llevado a bautizar, el 1 de diciembre, a Vila do Conde, todo ello muy en secreto, resultando ser hijo de madre desconocida. Lo normal parece ser lo contrario cuando alguna anomalía hay. En el caso de José María Ega de Queiroz, lo peregrino es que se sabe el nombre del padre, José María de Almeida Teixeira de Queiroz (1819-1901), jurista que sobrevivirá a su insigne vástago. De momento, queda en el anónimo la madre, Carolina Augusta Pereira de Ega, siete años más joven que su amante. Uno y otra regularizarán su situación el 3 de noviembre de 1849, contrayendo matrimonio en la iglesia mayor de Viana do Castelo.

Cual se ve, el nacimiento del novelista difícilmente puede ser más novelesco. Lo de que sus padres se hayan casado cuando él cuenta ya casi cuatro años no podrá ser ignorado por el muchacho. Es casi seguro que lo considere en los años de niñez de Verdemilho, en los sucesivos del colegio de Oporto y de la Universidad de Coimbra. Abogado en Lisboa desde 1867, viajero luego por Oriente; en la carrera diplomática a partir de 1872, desempeñará los consulados de La Habana, Newcastle y Paris-El Havre. Morirá en Neuilly el 16 de agosto de 1900, antes de cumplir los cincuenta y cinco años. Veinte y veinticuatro le sobrevivirán, respectivamente, Galdós y France, más afortunados que Ega en todo. El lusitano no entrará en ninguna academia (2), ni se ofrecerán honores oficiales sino a su cadáver. Y, para el extranjero, Portugal es un país muy pequeño, y su lengua carece de prestigio europeos, por mor de infinitas perezas intelectuales.

¡Prestigios europeos! Ello era, exactamente, lo que sobraba a la magnífica generación lusitana de la que emerge como novelista Erra de Queiroz. Era la generación de Antera de Quental, de Teófilo Braga, de Oliveira Martins, de Ramalho Ortigão, de Guerra junqueiro, de Antonio Cândido... Precedidos todos por los ejemplos honradísimos de Almeida Garret y de Alejandro Herculano, a los que se añade en el caso particular de Erra el de Víctor Hugo, es lo cierto que Portugal tuvo en esta pléyade lo más noble y selecto de su historia literaria y humana, y no a la escala de la exigüidad territorial del país, sino a la de cualquier otro de dimensiones medias o grandes. Era obligado que tan dichosa generación contase con un novelista, y el novelista sería Erra de Queiroz.

¿Que la literatura portuguesa no contaba con tradición novelística? Bien seguro. Luego, había que crearla. De algo había servido la honesta figura de Camilo Casteijo Branco, para iniciar una novela de contenida ambición literaria. Contenida fue igualmente la ambición de Ega• Su extraña y complicadísima manera de redactar, sus penosas agarradas con los editores, sus tardanzas, su pésima caligrafía, hasta el raro modo puramente material de escribir, de pie ante un pupitre, todo declara por él la postura más ajena al profesional. El mismo y peregrino hecho de que, mucho después de su muerte, se hallasen en una maleta metálica algunas de sus obras más perfectas, lo corrobora. La tarea de escribir era para él la predilecta, pero había de supeditarse a las enojosas exigencias de su puesto consular, el que le procuraba el sustento. Y quizá fue mejor así, porque escribió poco, poco y precioso, poco y soberanamente bueno, poco y estelar. No todo, naturalmente. También firmó cosas tan declaradamente malas como El misterio de la carretera de Cintra, casi increíble en él. Sin embargo, al lado de semejante engendro, Portugal puede envanecerse de la mejor especie de novela europea occidental de la segunda mitad del siglo.

Más precoz que Galdós y que France, su obra maestra data de 1888, esto es, de sus cuarenta y tres años. Me refiero a Los Maias, luego de un sereno cotejo de esta maravilla con otra, El crimen del Padre Amaro, anterior en nada menos que trece años (a). Buena cuestión es que haya duda, cuando no la hubo en los casos de Galdós y de France. Y hasta se podría continuar dudando a propósito de otras novelas tan bellas como La capital. Pues este novelista no profesional, escritor de poca obra, exento de precedentes nacionales, elevándose por pura voluntad del ambiente gazmoño y alicorto de aquella pobre Lisboa de don Luis y de don Carlos, tenía que comenzar desde los cimientos. Casi era una fortuna que el panorama humano lisboeta fuera tan menguadillo y provinciano, porque su observación y transcripción facilitaba la tarea de crear las máximas novelas portuguesas. Todo aquel pobre esnobismo, toda la presunción captalina, todo el vil desprecio que —siempre con los ojos puestos en París— sentían rey, ministros, ricos y burgueses por el pobre Portugal... Temían a España, recelaban de España, de España importaban

las lolas y los toreros, y ya se veía cercano el momento de la anexión, que llegó a ser narrada, a modo de profecía, por Ega, en La catástrofe y La batalla del Caia. No hubo anexión, ni catástrofe, ni batalla alguna, pero toda aquella infeliz gente lusitana de jaba sus flaquezas en semejante transparencia que el genial novelista no tenía que hacer otra cosa que describir. Eso sí, con una ironía desprovista de piedad y tantas veces lindante con el sarcasmo, con una adivinada herida interna y asqueada que sería necesario denominar de algún modo muy inédito, ya que no le conviene el dictado de patriotismo. Demasiadas veces ha sido mancillado este sentimiento para que llamemos patriotismo al íntimo amor de Ega para con su tierra. El, único dandy del trío, será el más afecto a la vida campesina de un Portugal casi total y exclusivamente campesino, el magnificado en La ciudad y las sierras. Paradójicamente, había vivido buena parte de su vida alejado de su campo verde lusitano, y ello explica mejor que nada esta circunstancia.

Pero, precisamente por la suma de añoranzas y saudades, las infinitas posibilidades de escenario y tema que Ega pudo hallar en las ciudades donde desempeñó su representación cultural eran desatendidas, y sólo aparecía con validez novelable su Portugal. ¿Ha contribuido esta circunstancia a la infravaloración del gran novelista en las distribuciones europeas de laureles? ¿Inglaterra, Rusia, Francia sí, Portugal no? La pregunta es suficientemente cruel para esperar una respuesta. Troquémosla por una afirmación, la de que es difícil hallar entre los contemporáneos de Ega paralelos de llaneza, de narración directa, de estilo chispeante, de limpio humor, de superior técnica novelística. Los Maias, pese a sus tan considerables dimensiones, es la novela perfecta, irreprochable, con verdadero concurso de contrastes humanos magistralmente trazados.

Si hubo un hombre merecedor de fama y honor en el último tercio del siglo xix, era Jose Maria Eca de Queiroz. Para los españoles, aparte de sus valores intrínsecos, cuenta con el capital de haber influido en alguna parcela de la formación primera de don Ramón María del Valle-Inclán-

Han sido calas más bien que semblanzas las anteriores presentaciones de tres hombres que cifran la novela europea occidental del tercer tercio decimonónico, y, antes de cerrar la digresión, puede ser útil epilogarlas con alguna especie de juicio provisionalmente final y valorativo. Acaso el primero que se trace eludiendo consideraciones de avaricia nacional y de mal entendida compenetración con las glorias llamadas patrias, porque si hay gloria, no pueden existir fronteras. Fuera de semejantes limitaciones, ha parecido procedente establecer un cuadro valorador según diez facetas comunes a nuestros tres grandes novelistas, puntuadas ellas, de menos a más, en 3, 6 y 9, porque sería insulto menor puntuación. El cuadro establecido, por supuesto que meramente personal, mas no tan arbitrario que no haya sido muy pensado y repensado, es el siguiente:

FACETAS	Galdós	France	Eca
Fecundidad	9	3	3
Originalidad	6	9	6
Mundo humano creado	9	3	6
Maestría narrativa	9	3	9
Capacidad fabuladora	9	3	9
Poderío de convicción	6	9	6



Formación para literaria	3	9	6
Estilo	3	9	6
Valor de la obra tenida pormaestra	9	6	9
Valor de las obras inmediatas	6	3	9
Fuerza critica	6	9	9
Respaldo de la position adoptada	3	9	6
Impacto en generaciones posteriores	6	9	6
Popularidad	9	6	6
Estimación erudita	6	9	6
VALORACION TOTAL	99	99	102

De esta valoración, 99-99-102, deben descontarse, para otra más efectiva, los puntos atribuías a las tres últimas facetas, los que, en buena lid, no son de la responsabilidad de los discriminados. Incluso así, las cifras definitivas no alterarán demasiado la clasificación, que viene a ser la de 82 puntos para Galdós, 75 para France y 84 para Ega. Huelga repetir lo personal y sin duda escasamente discriminatorio de la tabla, sólo válida para el que suscribe, quien no desearía sino que fuera impugnada por algún otro conocedor y lector de los tres grandes escritores. En todo caso, no me parece mal ejercicio éste de pro-curar verter a figuras numéricas —con todo lo que de impreciso pueda ser motejado el sistema— las dotes de un puñado de escritores actantes bajo un mismo signo. Nada hay aquí de irreverencia, sino de amor.

Ni tampoco mala fe en la puntuación relativamente adversa obtenida por don Benito Pérez Galdós, cuando sus contrincantes se llaman Anatole France —empatado— y José María Ega de Queir oz —triunfador—. Es posible que se levanten voces lectoras acusándome de tener premeditado este triunfo, y no lo niego, porque, a los tres, es mi preferido.- Bien dije que no había fronteras en tales dilecciones, y agregó que hacia el portugués van derechamente las mías. Respetos para con el único premio Nobel, por el sólo hecho de serlo, ninguno. Para con el caústico volteriano y rebelesiano que tomó orgullosamente el nombre de su tierra, todos-

En fin, ante el centenario próximo de las salidas al campo de la novela de estos tres hombres, era imprescindible algún homenaje previo. Como tal ha de tomarse el mío.

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

Ibiza, 23, 7.0 A

MADRID